

Gálatas 1:11-24

Gálatas 1:11-24

Vimos enfáticamente la semana pasada como Pablo condenaba a cualquiera que trajera otro evangelio que el que Pablo mismo predicaba. Y podríamos preguntar ¿por qué? Después de todo, nos puede parecer lenguaje muy duro; no pocos han visto esta actitud de Pablo como un tipo de fanatismo; consideran a Pablo algo engreído, que insistía tanto que solamente él enseñaba la verdad y que los que enseñaran lo contrario tenían que ser condenados al infierno.

Pablo no era un hombre engreído y vanidoso. Su propia reputación poco le importaba, con que ya el evangelio no fuera blasfemado cuando vituperaban su persona. Si no toleraba otras versiones de la verdad, era porque en realidad no eran verdad, sino mentiras. ¿Por qué condenaba Pablo tan fuertemente a los que se apartaran de su evangelio? Pablo nos invita a considerar **la fuente de nuestro evangelio**. I. No es según hombre. II. Es por revelación de Jesucristo.

“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre”. Los que se oponían a Pablo atacaban su mensaje de la salvación solamente por la gracia de Jesucristo, tratando de cortar las mismas raíces de él. Según ellos, el evangelio de Pablo tenía el origen en los hombres, específicamente en un hombre, en la imaginación de Pablo mismo. El problema con Pablo, según ellos, era que había tenido muy poco tiempo para aprender el mensaje de Jesús de los que realmente eran apóstoles, que lo había entendido mal y captado de un modo muy imperfecto, y que por lo tanto era necesario corregir los conceptos de Pablo en muchos detalles.

Naturalmente, tales calumnias no podían permitirse sin una refutación. Estas críticas tenían el efecto de destruir toda confianza en Pablo y su mensaje, y así apartar a las personas de la fe que Pablo predicaba.

Pablo niega que haya recibido su evangelio de otros apóstoles: “Pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno”. Después de ser llamado por Cristo en el camino a Damasco, dice: “Tampoco subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo, sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco”. Solamente después de tres años fue a Jerusalén, y entonces era con el fin de conocer a Pedro, no para aprender de él. No había conocido a ningún otro de los apóstoles, sino conoció a Jacobo, el hermano o primo de Jesús. ¿Cuánto tiempo estaba allí? Apenas 15 días - lo cual ciertamente indica que no había ido allí

para recibir de Pedro un curso de seminario o una preparación teológica.

Los enemigos dijeron que Pablo no era un apóstol como Pedro, Juan y los demás, que al contrario él había recibido su mensaje de otros y que lo había entendido mal, y con eso querían obtener para sí mismos una audiencia. Después de todo, si Pablo recibió su mensaje de hombres, no era apóstol y no tenía más autoridad que ellos. Luego, invocando nombres tan estimados como los de Pedro, Juan, Jacobo, etc., la gente estaría más presta a dar crédito a ellos que a Pablo. Por eso Pablo tenía que insistir ya en la salutación a esta carta que era apóstol genuino, de igual autoridad como los demás. “Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos”, e insistir que sus mensajes tampoco los había recibido de ningún hombre. “Yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno”.

Pablo así refutó la insinuación de que predicaba la salvación por la gracia de Cristo porque no había entendido el verdadero mensaje que predicaban los demás discípulos, pero faltaba quitar las dudas de que su mensaje fuera suyo totalmente, o sea fruto de su imaginación.

Dice así: “Fui a las regiones de Siria y de Cilicia, y no era conocido de vista de las iglesias de Judea, que solamente oían decir: aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba. Y glorificaban a Dios en mí”.

Contrario a lo que decían los enemigos en Galacia, tan alejada de Jerusalén, las iglesias de Judea, las que tenían contacto más íntimo con los once apóstoles, se regocijaban por la predicación de Pablo, glorificando a Dios, porque predicaba la fe, o sea, la salvación por la fe en Jesucristo. Ellos estaban de acuerdo con su evangelio; no habrían glorificado a Dios si Pablo estuviera predicando una herejía destructiva de almas como los adversarios en Galacia lo acusaban de hacer.

Tampoco predicaba la justicia por la fe en Jesús porque no entendía la gloria y la autoridad de la ley. “Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres”.

Algo semejante escribió a los filipenses, diciendo que si la salvación fuera por las obras de la ley, él tendría más razón para confianza que todos ellos que querían imponer la observancia de la ley como una causa de la salvación. “Si alguno piensa que tiene de que confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo

día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable”. Si alguien pudiera poner su esperanza de la salvación en parte en sus obras de obediencia a la ley, sería Pablo. Hasta había perseguido a los cristianos porque había pensado que la enseñanza cristiana era un insulto a Moisés y la gloria de la ley. Pero ahora dice: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”. No, la razón por la cual Pablo rechazaba las obras de la ley no era porque no conocía la ley.

¿Por qué, entonces, no cedía Pablo ante la doctrina de sus adversarios? Porque no había recibido su mensaje de ningún hombre, “sino por revelación de Jesucristo”. Eso es lo que lo hacía un apóstol de Jesucristo: Igualmente como los otros once, Pablo fue llamado directamente por Jesucristo. Al igual como los demás apóstoles, Pablo había recibido su doctrina directamente del Señor de la iglesia, sin ninguna intervención humana.

La historia de la conversión de Saulo en el camino a Damasco, lugar a donde iba en su misión de perseguir a los cristianos, es bien conocida. El Señor mismo se le apareció en luz y resplandor y le dijo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ... Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”. Esto sucedió porque Dios lo había apartado, separado, desde el vientre de su madre, para revelar a su Hijo en él, para que él predicara a Jesús entre los gentiles. Dios lo hizo, no él, según su plan eterno para la salvación de Pablo y de los oyentes de Pablo que serían llamados a la fe mediante su mensaje. Y en este llamamiento, o durante los tres años en Arabia, Pablo fue enseñado su mensaje directamente por Jesucristo. Por eso Pablo no puede negar su predicación, ni permitir que nadie la corrompa.

Juan dice lo mismo de su mensaje. “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos oído y visto, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros”.

Y también Pedro afirma el origen divino de su mensaje: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada

desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo”.

Por supuesto, no son los únicos que han afirmado que la fuente de sus enseñanzas era Dios mismo, pero con los demás sus doctrinas suelen ser contradictorias. Lo notable en el caso de Pedro, Pablo y Juan, y los otros escritores bíblicos, es que sus mensajes concuerdan 100%, están en perfecto acuerdo, exactamente como debe ser si en verdad su doctrina tiene origen divino.

Pablo dice en esta carta: “Nosotros, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”. Es decir, el hombre es salvo por la fe sola, creyendo en Aquel que murió y resucitó por él.

Pero, ¿no podría enseñar otra cosa Pedro? Oigámoslo hablando en el concilio apostólico en Jerusalén. Allí estaba tratando precisamente del intento de algunos de obligar a los gentiles a guardar la ley como un requisito para la salvación. “Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios...ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos de igual modo que ellos”. O sea, nadie puede guardar la ley, y estaríamos perdidos si dependiéramos de ello. Nuestra única esperanza de salvación es la gracia del Señor.

Y finalmente, oigamos a Juan: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Y es Juan también quien nos escribe las palabras de Cristo: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado”.

Tres hombres, independientes, distintos en su modo de ser, en su estilo de escribir y, en el caso de Pablo, distinto también en el tiempo y manera de su conversión, y sin embargo, perfectamente unidos en su mensaje: Para la salvación del

pecador, la fe en Cristo basta. Las obras de la ley no tienen y no pueden tener nada que ver.

Con tantos testimonios poderosos, estimados amigos, no teman poner su confianza total en aquel a quien Pedro, Pablo y Juan señalaban, en Cristo, el único Salvador, porque es cierto que es una palabra fiel, digna de toda aceptación, que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Juan también dijo muy bien al final de su Evangelio lo que se puede decir de toda la Escritura: “Éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”. Éste es, brevemente, el evangelio, no aprendido y recibido de ningún hombre, “sino por revelación de Jesucristo”. Ayúdanos, Dios, a leer tu palabra así, y creer en tu gracia, para ser salvos. Amén.